

Geografía de la oscuridad

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Katya Adaui, *Geografía de la oscuridad*

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-8393-294-0

Depósito legal: M-3216-2021

IBIC: FYB

© Katya Adaui, 2021

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2021

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Katya Adaui

Geografía de la oscuridad



ÍNDICE

Los pulpos tienen tres corazones	11
Por cosas de hombres no debes dejar de creer en Dios.....	19
En lugar seguro	29
Fiesta de guardar.....	39
El que no está	45
Correr	49
El reino de lo impar.....	55
Casas con cimientos en el río	65
Un baño de oro	75
Despiertos toda la noche.....	81
Una lengua extranjera.....	89
Los animales en los cuerpos de mis hijos.....	93
Domingo	97
No recuerdo haber encendido este cigarro	103
Lagartijas.....	109
Nosotros, los náufragos.....	113

*a Ana Laura,
en la luz.*

LOS PULPOS TIENEN TRES CORAZONES

SE HABÍA ENTERADO de su nueva dirección y fue a buscarlo.

Aquí es donde duermo.

Decía que solo necesitaba una cama y un oficio, nada más. Encontró que era cierto.

Le mostró un colchón inflable, tenso, listo para estallar. En la pared sobre la cama había interruptores. Los contó. Una pequeña central eléctrica, un despropósito.

Cada vez que un vecino grita en las escaleras, tira una piedra o no paga la luz y nos jode a todos, yo lo dejo a oscuras.

Para demostrarlo, bajó un interruptor. Brazos largos sin flacidez y sin músculo.

¡¡¡Carajo!!!

¿Ves? Acción, reacción.

Lo subió. ¡Uff!, se volvió a escuchar a lo lejos.

¿Qué son estos papeles?, y señaló una mesa. En ella había un plato de loza y pilas de sobres tamaño carta. Parecía una oficina de correos en huelga indefinida.

Los papeles de mis juicios. Ellos se vengan. Pero si no se van en fecha, desalojo. Alguien tiene que traer algo de cordura al edificio.

Tú no eres abogado.

Voy aprendiendo.

¿Cómo conseguiste vivir aquí?

Desde que me lanzó a la calle. Yo tengo el veinte por ciento de esta propiedad. Mi viejo la compró para su fábrica de hilos. Ahí tengo dos máquinas todavía. Las vendería como chatarra, pero no dan nada.

No sabía que esto era tuyo.

Hay muchas cosas que no sabes.

Avanzó dentro del cuarto, espió detrás del biombo de cartones: las máquinas huecas, unos esqueletos desnutridos, con puntiagudas garras en alto y cientos de agujas atrofiadas por falta de uso. Si su padre pretendiera sacarlas de cuerpo entero, solo a través de un forado. Y por el frontis. El abuelo había fundado la fábrica de hilos más importante del sur del país. Esto era lo que quedaba: excusas y rastros. Fulminada, como el abuelo, un infarto masivo. ¿Se imaginan dónde estaríamos ahora, sin una crisis detrás de otra?, el monólogo repetido, a su madre y a él, cuando aún habitaban la misma casa.

He venido para invitarte a almorzar.

Yo tengo comida. Tengo para ti y para mí.

Vio la refrigeradora. En la fachada, sonrientes mujeres desnudas, sentadas y de pie, pegadas con goma, los ojos y los labios pintarrajeados con plumón indeleble. Las había

maquillado. Hubiera podido ser un departamento de soltero. Hubiera.

Sé bueno con mis chicas.

Un hedor los alcanzó. Aquí está, permiso. Sacó un recipiente, le mostró huevos revueltos con tomate:

Los hice el miércoles. No, el jueves. Probó. Están bien todavía. Tomó dos tenedores y le entregó uno. Encendió la hornilla con un fósforo. Calentó la comida.

¿Qué tal está?

Rico.

¿Tú sabes cómo me enteré de que tu madre estaba embarazada de ti?

Sí, me lo has contado mil veces.

Cuando me lo dijo estábamos en el zoológico, ¿sabías?

Mentira. Y ya no hay zoológico.

¿Tú sabes qué hacen los animales que ya no pueden cazar?

Dímelo tú.

Duermen, comen y cagan en su sitio.

Papá, ¿cómo llegaste a esto?

¿De verdad quieres que te lo diga?

Lo pensó como un pulpo, tentáculos para subir y bajar palancas y normar el brillo y la tiniebla. Un dios flotante. Los pulpos son astutos y escurridizos. Escapistas profesionales. Huyen por orificios angostos, laberintos de los barcos pesqueros; se devuelven al mar, se chorrean a él, de nuevo vastos. Los pulpos tienen tres corazones. Dos llevan sangre sin oxígeno a las branquias. El tercero; la sangre oxigenada a todo el cuerpo. Desde que lo supo, dejó de comerlos.

Cuando cocines pasta, el agua debe estar tan salada como el agua de mar, decía su madre. Los nadadores de aguas

abiertas soportan mejor el río que el mar, recordó. En el mar la sal hiere: lastima las manos hinchándolas. Su padre-pulpo en esta casa inadmisible, como en una olla al fuego escociendo sal.

Podía ser el mejor y el peor lugar.

Ella odiaba el zoológico, para qué encontrarse allí. Los animales le producían efecto de sedación, una anestesia que le tomaba el cuerpo por partes. La vio llegar, sonrisa y beso. Pasaron de largo la zona de los monos y de los leones. La fetidez de la urea irritaba. Avanzaron en silencio a través del refugio de los reptiles, ninguno atreviéndose a dar la mano. Burbujas en el estanque. Un cocodrilo emergió, se deslizó hacia un tronco y se envolvió en el fondo verde oscuro. Un petirrojo descendió a la orilla. En el barro se empachaba de mosquitos. El cocodrilo enfiló en silencio haciendo temblar el agua.

Aquí vivirá el oso nuevo, mira. En el periódico han puesto un aviso para elegirle un nombre. Los niños siempre inventan buenos nombres. Él habló intentando entusiasmo, se ahogaba: había pensado en la laxitud del animal en cautiverio, nunca más cazador, todo le es dado.

Frente a la jaula vacía, ella se tomó unos segundos y luego:

Estoy embarazada.

¿Es mío?

¿Qué pregunta de mierda es esa?

Es una pregunta. Dime.

Claro que es tuyo.

¿Y qué has pensado hacer?

Tenerlo, por supuesto.

Yo te avisé, no quiero ser padre. Y ahora me has puesto en esta situación sin pedirlo.

Me parece una locura que vivas en estas condiciones, papá. Múdate a otro lado.

A mí me gusta estar acá. Tengo mi independencia. Me necesitan. ¿Qué harían si yo no estoy? Esto sería el caos.

¿Puedes hacer eso por mí?

¿No hice ya suficiente?

No me querías tener. Ojo que no te estoy reclamando.

Te tuvimos, ¿no? Que estés aquí hablando, ¿o eres un holograma? A ver...

Le dio un manotazo en la cara. No retrocedió a tiempo. Debía estar más alerta. La tosquedad conocida. Un exceso, un salto del gesto amable al violento. Esta vez, una diferencia:

Perdón, no calculé.

Sí calculas, pero igual lo haces.

¿Quieres cerveza o no?

Sí.

Bebieron sin brindar.

Al rato, alzó su botella:

Por ellas, menos tu madre.

Lo miró, se prometió nunca parecerse a él. ¿Cómo iba a lograrlo? No sabía. Demasiados años observándolo. Observando se aprende.

¿Por qué me miras así? Estás viendo a un hombre libre. Alégrate.

Alzó la botella, tronaron sin quebrarse, y buscó por qué podía brindar.